

Una sinfonía marina DE BAQUILIDES



Por MANUEL FERNANDEZ-GALIANO
(Catedrático de la Universidad de Madrid.)

Baquilides, cuya vida debió de extenderse, aproximadamente, entre el 520 y el 450 a. J. C.; maestro menor de la lírica coral griega antigua, oscurecido por la fama inmortal de Píndaro y Simónides, pero autor de bellísimos cantos transmitidos en papiros procedentes de Egipto. Aquí tenemos el poema XVII, un ditirambo gentil y amorosamente esculpido como una hermosa miniatura de orfebrería. Una pequeña sinfonía en cuyo "leit-motiv" cantarán, ellas también, las aguas claras del Mediterráneo.

ABREN la oda, en **adagio molto**, los versos (1-7) por los cuales navega hacia Creta un triste bajel. El propio Minos custodia a los siete donceles y siete doncellas que, como ominoso tributo, ha de otorgarle anualmente Atenas.

*La nave de azul proa,
llevándose a Teseo,
ardido en el combate, y a catorce
espléndidos muchachos y muchachas
de los Jonios, surcaba el mar cretense.
Las auras boreales,
por gracia de Atenea, portadora
de belicosa égida,
su vela blanca henchían.*

Minos, subyugado sin duda por la magia tibia del piélago en calma, se atreve a acariciar la mejilla de una de las cautivas. La música se alza excitada en **allegro con brío** (8-16). Acude la virgen al amparo de Teseo. Yérguense cara a cara, en largo y majestuoso **andante cantabile** lleno de noble artificio como un dúo de ópera (16-66), el semidiós ático, sempiterno caballero errante, desfacedor de entuertos, y el soberbio rey de los mares, esposo de Pasífae, yerno del Sol... Gallardo reto de palabras y hechos. Minos pide a Zeus la maravilla del trueno como confirmación de su origen divino; si verdaderamente Teseo es hijo de Posidón, según pretende, deberá probar su linaje con hazaña singular, rescatando de las saladas profundidades el anillo a ellas arrojado por el soberano de Creta.

Una pausa preñada de expectación. Los antagonistas y el coro se inmovilizan en mudo diorama iluminado por el rojo vivo de las túnicas y el potente amarillo del sol cenital.

Adagio, ma non troppo (67-80). Truena en lo alto el celeste estrépito, homenaje del padre de los dioses a su hijo amado. Queda roto el sereno embeleso y lanzados los cantores a un **allegro molto vivace** que reinará en escena hasta el verso 116. Teseo, intrépido buzo de la justicia, salta por la borda. El aire se humedece y tiñe de azuladas frondas. Mundo irreal de oscuros peces y algas. La música es un suave murmullo, apagado rumor de burbujas y misteriosos roces abisales.

*Deslizábase rápido el esquife,
porque un nórdico aliento,
abrazando su popa, le impulsaba.
Tembló la tropa entera
de mozos atenienses cuando al héroe
vieron lanzarse al ponto,
y derramaban lágrimas,
de sus ojos de lirio, ante la angustia
de un destino terrible.*

*Pero rápidamente conducían
los marinos delfines a Teseo
hacia la gran morada de su padre,
el dios de los caballos.
Llegóse, pues, al divinal alcázar
y viendo allí pasmóse
a las hijas insignes
del dichoso Nereo, pues fulgía
de sus cuerpos magníficos
un resplandor cual llama
y guirnaldas en oro entretejidas
centelleaban entre sus cabellos
cuando, con danzas ágiles,
divertían su espíritu en los coros.*

Ahora, un **adagio finale** (117-132) que va remontándose alegremente en sonoridad y brillantez hacia la apoteosis. Teseo es coronado por la propia reina del alucinante trasmundo acuático.

*Y vio también en las amenas salas
a la querida esposa de su padre,
la de los grandes ojos,
venerable Anfitrite,
que le vistió con un purpúreo manto
y adornó su rizosa cabellera
con aquella diadema irreprochable,
guarnecida de rosas,
que antaño por sus nupcias
le regaló la pérfida Afrodita.*

Vertiginosa ascensión, sin temor ni esfuerzo, del así ataviado y bendecido por los dioses; epifanía grandiosa en que

*surgió junto a la nave
de quilla delicada;*

asombro de Minos ante la nueva presencia del joven; jubiloso coro de voces divinas y humanas:

*Levantábanse agudos,
con gozo renovado,
los cantos de las ninfas que se sientan
en reluciente trono;
y resonaba el mar; y, en torno al héroe,
el peán entonaba
la deleitable voz de los mancebos.*

El ditirambo fue cantado por los muchachos y muchachas de Ceos en el santuario apolíneo de la gloriosa Delos: Baquíledes, su compatriota, había obsequiado a la juventud de su rocosa isla natal con el más maravilloso de los dones poéticos.

LA ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS CLASICAS

(Ed. de la Universidad de Cambridge. Traducción
de Víctor José Herreró y José María Belinchón)

Ptas. 140 (en tela)

PEDIDOS A: REVISTA "ENSEÑANZA MEDIA"